

Borges autor de Cervantes

ANA JOSEFINA FERRARI¹

Miguel de Cervantes

Cruelas estrellas y propicias estrellas

Presidieron la noche de mi génesis,

Debo a las últimas la cárcel

En que soñé el Quijote.

J. L. Borges - 1972

La obra de Cervantes, particularmente el *Quijote*, siempre despertó una gran fascinación en Borges. Tal afirmación puede ser observada en los diferentes textos que Borges escribió sobre Cervantes. El primero data de 1925 y se llama “El ejercicio de análisis”². En él analiza una parte mínima del *Quijote* a partir de donde intenta observar el “funcionamiento mismo de la literatura”³. En 1939 es “Pierre Menard, autor del *Quijote*”⁴, en 1946 era el “Prólogo” a las *Novelas Ejemplares* de Cervantes⁵. En 1952, “Magias parciales del *Quijote*”⁶ y en 1955 “Parábola de Cervantes y de Quijote”⁷. En 1972, son publicados en el libro *El oro y los tigres* los textos “Miguel de Cervantes”⁸ y “Sueña Alonso Quijano”. Es mencionado el *Quijote* en el poema “España” del libro “El otro y el mismo” de 1964 y en “Alguien soñará” del libro *Los Conjurados* de 1985. Los textos son numerosos.

En *Pierre Menard, autor del Quijote* encontramos parte de una reflexión que en muchos momentos inquietará a Borges y que formulamos como la percepción/producción de las obras literarias. Este cuento es considerado, por Borges, como “una especie de bisagra, un punto de inflexión extraordinariamente productivo para su obra”⁹. En estos dos puntos reside nuestro interés por analizarlo.

¹ Ana Josefina Ferrari es Profesora de Lengua y Literatura Española en la Universidade Estadual do Oeste do Paraná-Brasil con maestría en Lingüística.

² Jorge Luis Borges, “El ejercicio del análisis” (1925), en *Obras Completas, Vol. I*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

³ A. Pauls, *El factor Borges, nueve ensayos ilustrados*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2000, pág. 77.

⁴ J. L. Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote” (1939), en *Ficciones. Obras Completas, Vol. II*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

⁵ J. L. Borges, “Prólogo Novelas Ejemplares” (1975), en *Prólogos de Prólogos. Obras Completas, Vol. IV*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

⁶ J. L. Borges, “Magias Parciales del Quijote” (1952), en *Otras Inquisiciones. Obras Completas, Vol. II*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

⁷ J. L. Borges, “Parábola de Cervantes y de Quijote” (1960), en *El hacedor. Obras Completas, Vol. II*, Buenos Aires, Emecé, 1994.

⁸ J. L. Borges, “Miguel de Cervantes” (1972), en *El oro y los tigres. Obras Completas, Vol. II*, Buenos Aires, Ed. Emecé, 1994.

⁹ A. Pauls, *Op. cit.*, pág. 12.

Tal vez, como menciona Pauls, Pierre Menard surja como respuesta a Ramón Doll que acusa a Borges, cinco años antes, de repetir y degradar lo que repite reproduciendo textos inmoderadamente e intentando presentar el *Quijote* como nuevo. Tal vez, como dice Borges, Pierre Menard surja como una manera de probar que, después de un mes hospitalizado (a raíz de un accidente en el año nuevo de 1938), no estaba acabado intelectualmente. Así, afirma ensayar algo que nunca había hecho antes escribiendo *Pierre Menard*¹⁰. Realmente, más que las condiciones de la producción del texto, pretendemos dedicarnos a leer el cuento mismo o, borgeanamente hablando, escribir el *Pierre Menard*.

El personaje del cuento que nos ocupará, Menard, era un fallecido escritor a respecto del cual se escribe un artículo que trata de rectificar algunos datos sobre el mismo ya que “el error trata de empañar su memoria”. La obra de este novelista estaba dividida en dos partes, a saber: la visible y menos prestigiada, según el narrador, y la oculta y más interesante. De la obra visible de Menard, se muestra un inventario interesante. Este inventario consiste en poemas, monografías de arte poética donde se trata sobre rima, métrica, léxico, sintaxis, puntuación, filosofía del lenguaje, textos de ajedrez, de lógica simbólica, prefacios de catálogos, traducciones. La obra oculta de Menard es impar, increíble, inconclusa y perdida ya que su autor cuidadosamente borró todos los rastros de ella. Dice el cuento: “En los atardeceres le gustaba salir a caminar por los arrabales de Nimes, solía llevar consigo un cuaderno y hacer una alegre fogata”¹¹. Ella consiste en los capítulos 9 y 38 de la primera parte y parte del capítulo 22 de la Segunda parte del *Quijote*. Se intentará justificar esta empresa de Menard.

Se cuenta que el fallecido Menard había encontrado inspiración en otros dos textos, uno de ellos, un fragmento que hablaba de la “total identificación con el autor”. El otro texto perteneciente al grupo de los que embelesan con la idea primaria de que todas las épocas son iguales o de que son distintas. Menard, quijotesicamente inspirado por textos que parecen novelas de caballería, se propone una tarea quijotesca: escribir el *Quijote*. No intentaba escribir un *Quijote* contemporáneo, sino EL QUIJOTE. Por ese motivo se demoró en algunos métodos.

Primeramente descartó la transcripción mecánica porque no era su objetivo copiarlo. Él quería escribir un *Quijote* que coincidiese palabra por palabra con el de Cervantes. Así, el primer método propuesto para llegar a su objetivo fue el de “aprender perfectamente el español del siglo XVII, recuperar la fé católica, pelear contra los moros o el turco, olvidar la historia de Europa entre los años 1602 y 1918, ser Miguel de Cervantes”¹². Pero rápidamente abandonó este método por fácil. Él creía que ser en el siglo veinte un escritor del siglo diecisiete era una disminución. Ser Cervantes y escribir el *Quijote*, sería menos arduo y menos interesante. Menard optó, entonces, por ser Menard y escribir el *Quijote*. Para ello obvió el prólogo autobiográfico de Cervantes del segundo tomo, ya que incluirlo implicaría crear otro personaje: Miguel de Cervantes, que presentaría al *Quijote* en función de su vida, la de Cervantes, y eso no era posible ya que el autor sería él: Pierre Menard.

10 A. Pauls, *Op. cit.*

11 J. L. Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, ed. cit., pág. 450.

12 J. L. Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, ed. cit., pág. 447.

Menard ya fue lector del *Quijote*. Ahora quiere ser autor. Él afirma que la tarea de Cervantes fue fácil, llevada por el azar, por el lenguaje, por la inercia de la invención espontánea. Menard se propone la creación de la obra espontánea de Cervantes. Este juego de reconstrucción sería regido por dos leyes: ensayar variantes de tipo formal o psicológico y sacrificar estas leyes al texto literal, aniquilándolas, analizando tal destrucción de las leyes formales y psicológicas por parte del texto literal. A estas dos trabas se juntaría una traba congénita: componer el *Quijote* en 1600 era una tarea razonable, después de trescientos años de historia y del *Quijote* mismo, sería casi imposible.

El narrador del texto afirma que de todas maneras el *Quijote* de Menard es mucho más sutil. Cervantes habría elegido como paño de fondo una realidad provinciana, la de España en el siglo XVII. Menard eligió, en cambio, la “realidad” de la tierra de Carmen durante el siglo de Lepanto y de Lope. Tal sutileza, tal diferencia puede ser observada en la solución del capítulo 38. Cervantes decidirá por las armas porque era militar. Menard decidirá por las armas por subordinación del autor a la psicología del héroe, por una influencia de Nietzsche y por la manía de difundir ideas contrarias a sus preferidas.

El mismo trecho en Cervantes (siglo XVII) sería fruto de un ingenio lego, en Menard (contemporáneo de William James) una idea asombrosa con ideas pragmáticas.

“También es vívido el contraste de los estilos. El estilo arcaizante de Menard —extranjero al fin— adolece de afectación. No así el de su precursor, que maneja con desenfado el español corriente de su época”¹³.

Menard dedicó su vida a repetir en un idioma ajeno un libro preexistente.

“Menard (acaso sin quererlo) há enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas”¹⁴.

La obra de Menard sólo se divide en dos a niveles de visibilidad pero no deja de ser el mismo gesto siempre. Menard en su obra visible desarrolló temas lingüísticos fundamentalmente. Lexicología, sintaxis, gramática, traducción. Después de haber leído tanto tiempo este tipo de textos sufrió una suerte parecida a la del *Quijote* y decidió salir por el mundo, munido de una armadura teórica para escribir nuevamente el *Quijote*, una tarea imposible. Casi como luchar contra molinos de viento.

En efecto, Menard es parecido al mismo Quijote: leyó tanto que se le secó el cerebro, y salió por el mundo creyendo ser un caballero de las novelas, repitiendo aquello que había leído sólo que anacrónicamente. Menard leyó teorías lingüísticas hasta que resolvió reescribir el *Quijote*. Salió por el mundo creyendo ser escritor porque lector, repitiendo anacrónicamente lo anteriormente leído. Menard y Quijote son casi el mismo personaje. Uno lucha contra molinos de viento creyéndose un héroe. El otro escribe un libro ya escrito en una lengua que no es la suya creyéndose un escritor. Los dos son fruto de la lectura. Los dos son lectores. Los dos son locos. Los dos son anacrónicos. Los dos emprenden empresas que ya no tienen validez. Pero Menard es derrotado por la arbitrariedad del signo. Por la imposibilidad de repetir dos veces la misma cosa, y Borges sabe eso. No es

13 J. L. Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, ed. cit., pág. 449.

14 J. L. Borges, “Pierre Menard, autor del Quijote”, ed. cit., pág. 450.

en vano que nos hable de las diferencias de estilo entre uno y otro, donde uno será desmerecido por contemporáneo a la redacción de la obra y el otro favorecido por los trescientos años de distancia con ella. La historia aparece aquí como pasando por las condiciones de interpretación de un texto.

Veamos por qué Menard re-escribió los capítulos 9, 32 y 28 y no otros.

En el capítulo 9 del *Quijote*, Cervantes nos comenta cómo la historia que estaba escribiendo no era de él y sí era copia o transcripción de la obra de otro: Cide Hamete Benengeli. Él nos dice cómo encontró unos papiros con trazos arábigos que no sabía leer pero que de todas maneras reconoció y que un árabe, a su pedido, los había leído descubriendo que eran la continuación del *Quijote*. De ese modo, Cervantes se reconoce lector del *Quijote*. Pero algo más llama nuestra atención en este libro grandioso. Es el capítulo VI donde, durante la quema de los libros de la biblioteca el cura dice:

¿Qué libro es ese que está junto a él?

—La *Galatea* de Cervantes —dijo el barbero.

—Muchos años há que es grande amigo mío ese Cervantes, y sé que és más versado en desdichas que en versos. Su libro tiene algo de buena invención, propone algo, y no concluye nada: es menester esperar la segunda parte que promete: quizá con la enmienda alcanzará del todo la misericordia que ahora se le niega, y entre tanto que esto se ve, tenedle recluso en vuestra posada¹⁵.

Cervantes no es el autor del *Quijote* sino lector de él y Cide Hamete Benengeli es lector de Cervantes y autor del *Quijote*. Benengeli escribe sobre Cervantes y su vida y Cervantes sobre la obra de Benengeli. Menard lee el *Quijote* y lo escribe. Este juego que percibe Borges es el punto principal de este texto. ¿Quién es autor de qué? ¿En qué consiste la escritura de un texto? El escritor argentino nos propondrá que en realidad es una cuestión de percepción. La escritura de un texto literario no es sino lectura y la lectura del mismo no es sino percepción. De ese modo, cada vez que un lector se enfrente a un texto lo estará escribiendo ya que las circunstancias que rodean ese acto de lectura son únicas. Sarlo afirma que es el momento en que ese texto es enunciado por el lector.

El autor de los textos literarios comienza a ser irrelevante y es el lector quien gana dimensiones extraordinarias. La percepción del texto literario gana niveles importantísimos. Surge el primado de la sensación en el momento de la lectura como escritura y quien era autor no es mas que un simple lector.

En el texto de 1952 “Magias parciales del *Quijote*”, Borges hablará nuevamente del *Quijote* y específicamente sobre este pasaje. La fascinación de Borges está en el hecho inquietante de que uno sea lector del otro, uno sueño del otro. Dice Borges: “Si los caracteres de una ficción pueden ser lectores o espectadores, nosotros, sus lectores o espectadores, podemos ser ficticios”¹⁶.

¹⁵ Miguel de Cervantes, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Buenos Aires, Sarpe, 1989, pág. 70.

¹⁶ J. L. Borges, “Magias Parciales del *Quijote*”, ed. cit., pág. 47.

Se crea, en el *Quijote*, un juego de espejos enfrentados donde una imagen se refleja en la otra creándose innumerables, repetidas imágenes que seducen, atraen, distraen y despiertan a Borges que, encantado por ellas, repetidas unas dentro de las otras¹⁷, presentes en las obras literarias como *El Quijote*, *Hamlet* y *Las Mil y una Noches*, decide recrearlas. Borges decide hacer una pintura con la misma técnica utilizada por Cervantes para recrear esas imágenes de espejos enfrentados.

Cervantes es un mago que recrea ilusiones y Borges el aprendiz que lo aprende, lo admira y lo escribe. Borges escribe Cervantes, dibuja sus trazos, sigue sus líneas; todas circulares. El peligro de estos espejismos, o juegos de espejos, reside, para Borges, en que ponen en duda nuestra percepción, así aquello que pensamos real puede ser imaginario nuestro o de alguien que nos sueña. Nosotros mismos podemos no ser otra cosa que imagen en espejo. Los sentidos, en este juego de interpretación, quedan obnubilados y las certezas son más inciertas. Los sentidos, para él, son engañados y ya no sabemos realmente si somos nosotros mismos o el sueño de alguien, y quien le da esa noción, esa sensación y hasta me atrevería a decir, por la insistencia en el tema, esa certeza, es Don Quijote y Cervantes, uno sueño del otro, uno reflejo del otro.

Dice Borges en la poesía “Sueña Alonso Quijano”:

El hombre se despierta de un incierto
sueño de alfanjes y de campo llano
y se toca la barba con la mano
y se pregunta si está herido o muerto.
¿No lo perseguirán los hechiceros
que han jurado su mal bajo la luna?
Nada. Apenas el frío. Apenas una
dolencia de sus años postrimeros.
el hidalgo fue un sueño de Cervantes
y don Quijote un sueño del hidalgo.
El doble sueño los confunde y algo
esta pasando que pasó mucho antes.
Quijano duerme y sueña. Una batalla:
los mares de Lepanto y la metralla.

Borges sueña a Cervantes y lo escribe en *Pierre Menard*, en *Magias Parciales*, en *Parábola de Cervantes* y de *Quijote*, en *Miguel de Cervantes*, en *Sueña Alonso Quijano*.

¹⁷ Beatriz Sarlo (*Un escritor en las orillas*, Buenos Aires, Ariel, 1993) denomina este fenómeno como “principio de inclusión”.

Casi ciego¹⁸, Borges pone en práctica, en el *Pierre Menard*, su teoría sobre la percepción de la obra literaria. Para él, el verdadero autor de la obra literaria es el lector que, en un momento único donde confluyen todas las sensaciones de ese instante, escribe de modo anacrónico una obra ya escrita.

Con su letra de insecto y sus ojos casi ciegos, Borges escribe a Cervantes.

¹⁸ En 1938, el médico le pide a Borges, que ya está enfermo de cataratas en estado avanzado, que disminuya la cantidad de lecturas realizadas diariamente a lo que Borges no obedece. En 1940, Borges ya está completamente ciego.